

VEKA DUNCAN
LA BRECHA DE GÉNERO EN EL ARTE

CARLOS VELÁZQUEZ
VEJIGA INTERACTIVA

LUIGI AMARA
EL TÚNEL DEL TACTO

NÚM. 391 SÁBADO 04.03.23

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

Rusia

SI UNA NOCHE DE INVIERNO UN DICTADOR

MARTA REBÓN

Ucrania

DOS HISTORIAS EN LA NOCHE PROFUNDA

KATERYNA MIKHALITSYNA

POESÍA: ZEL CABRERA

Arte digital > A partir de una foto de Zef Art en shutterstock.com

A un año de los ataques no sólo contra objetivos militares sino también civiles, con la destrucción masiva de pueblos y regiones que estas páginas reflejan, la eslavista barcelonesa Marta Rebón —quien ha dedicado ya su libro, *El complejo de Caín, a las relaciones entre la literatura de Ucrania y Rusia*—, ensaya un balance de esta campaña criminal. Indaga en las motivaciones del régimen

de Putin, el vínculo de la historia, la literatura y la pintura con la supuesta grandeza e identidad nacional, moldeadas al capricho de sus designios. Complementamos el análisis con una crónica en dos tiempos de la escritora ucraniana Kateryna Mikhaliysyna, quien nos muestra cómo su pueblo —con inaudita valentía— resiste y sobrevive a la devastación, bajo los bombardeos.



SI UNA NOCHE DE INVIERNO UN DICTADOR

MARTA REBÓN

@marta_rebon

Mis amigos de Cambridge se desternillaban de risa cuando les traduje el principio de nuestro himno nacional, *Ucrania no ha muerto todavía*: "Pero ¿qué clase de himno es ése?"

OKSANA ZABUZHKOVA,
*Trabajo de campo
sobre el sexo ucraniano*

Imaginen que un día, antes de que amanezca, cuarenta millones de personas de un mismo país se despiertan sobresaltadas a la vez, como si formaran parte de un mismo organismo. Algunos salen de la cama por el estruendo de las columnas de tanques y el crujido de las orugas, otros por las explosiones sónicas de los cazas o el aullido ascendente de las alarmas antiaéreas —¿quién tiene aún instaladas sirenas de este tipo en Europa?—, otros todavía por el ruido pulsante de las aspas de los helicópteros militares. Los demás, como una reacción en cadena, lo hacen alertados por las llamadas y mensajes de los primeros que, desde las fronteras norte, este y sur, transmiten en todas las variaciones, más o menos entrecortadas, un mismo y unívoco mensaje: "Nos atacan".

Es una descarga eléctrica que paraliza el cuerpo mientras la mente, desafiando la velocidad de la luz, sopesa qué riesgos se está dispuesto a correr y, sobre todo, de qué manera. Dos palabras ponían a cero en ese instante cuarenta millones de contadores, mientras los corresponsales extranjeros sobre el terreno —ojo avizor, a pesar de las burlas de la alerta estadounidense sobre la acumulación de tropas rusas junto a Ucrania por parte del Kremlin, "síntoma del histerismo occidental"— contactaban con sus redacciones para dar parte del inicio de la invasión. No era necesario confirmar quién era el agresor. Y a medida que la onda expansiva viajaba hacia el oeste, los europeos se dividieron en dos grupos: los que, al ver las noticias, se preguntaron extrañados qué pasaba, y los que, igual de escamados que los ciudadanos de Europa del Este y los Países Bálticos, pensaron: "Lo han vuelto a hacer".

Los misiles lanzados —la mayoría de fabricación soviética, como recordatorio de un pasado autoritario— no discriminan entre atacar cuerpo o mente: la Oficina de la ONU para la Coordinación de Asuntos Humanitarios ha contabilizado hasta la fecha 707 ataques a

hospitales e infraestructuras médicas, y la Cámara del Libro de Ucrania, 479 bibliotecas destruidas. Cada misil contra Ucrania tiene por misión destruir desde lo más concreto (la vida), hasta lo más intangible (los sueños). Cuando el día antes de la invasión, el presidente polaco Andrzej Duda se despedía en Kyiv de su homólogo ucraniano, Volodímir Zelenski le dijo: "Andrzej, no sé si volveremos a vernos". La guerra convierte en una dimensión espectral el tiempo —éste se dilata y se contrae según sus propias leyes: los meses son años, y los días, horas—, y la memoria se transforma en un amasijo de cristales rotos y afilados. Decir "antes de la guerra" es recordar un mundo ya extinto. Tal vez la guerra y la paz sean precisamente tan irreconciliables porque discurren por líneas temporales independientes, que sólo se cruzan en los extremos para proseguir su curso hasta la próxima intersección.

MIENTRAS TECLEO ESTAS PALABRAS, a falta de pocos días para que se cumpla el primer aniversario de la ilegítima invasión rusa, percibo un cosquilleo en la punta de los dedos, a pesar de que lo hago a miles de kilómetros del

Fuente > twitter.com

DIRECTORIO

El Cultural
[Suplemento de **La Razón**]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director

@sanquintin_plus

Julia Santibáñez

Editora

@JSantibanez00

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

frente y la tranquilidad relativa de estar bajo el paraguas defensivo de la ayuda militar mutua. Los colegios ucranianos, en cambio, cerrarán un par de días en la vigilia de la efeméride ante el temor de que, como regalo de aniversario, caiga, junto a los copos de nieve, acero letal. Y aunque no ocurra, el hecho de que se plantee la posibilidad es parte de la anomalía aplicada por la terquedad de la barbarie. Ante la tragedia, la distancia tiene un efecto directo en la percepción de la amenaza y el grado de empatía, difumina los detalles.

Albert Camus escribió que en las gradas del circo siempre se oyen conversaciones mundanas mientras cruje la víctima entre los dientes del león. Y así, lo que en el lugar de la catástrofe impone el imperativo de sobrevivir (ante la consistencia real de una amenaza existencial), en la lejanía (mi aquí) se suceden los debates ideológicos añejos, las opiniones geopolíticas de brocha gorda y una desconcertante coreografía de índices acusadores en busca del más hipócrita. Conocido es el proverbio latino, a partir de Terencio, antiguo esclavo y dramaturgo, de que, por el mero hecho de pertenecer a nuestra especie, nada humano debería resultarnos ajeno. Cuando la distancia física es insalvable, acudimos a relatos viajeros que, con suerte, nos conectan, reducen la separación y gracias a ellos recuperamos la humanidad del otro.

Ésa es también la magia de la traducción: restaurar la posibilidad de una escucha en la distancia. Y en la víspera del 24 de febrero relampagueó la memoria de todo lo que hasta entonces había leído y traducido del ruso, un bagaje que me permitió advertir, aun sin ser especialista en estrategia militar o en relaciones internacionales, la gravedad de aquella más que posible invasión, y así lo plasmé en una columna de opinión publicada el mismo día fatídico, aunque escrita cuarenta y ocho horas antes.

NO, LA LITERATURA RUSA no explica, como por arte de determinismo histórico, la Rusia del siglo XXI. En las novelas de Dostoievski, ¿qué voz de entre las tuyas nos llega con mayor nitidez? ¿La del que cumplió pena en Siberia y se sentó extasiado a contemplar la *Madonna Sixtina* en Dresde? ¿La del que arengaba sobre la decadencia moral de Occidente, defendía la unión de todos los eslavos en un solo pueblo sin excluir la guerra ni renunciar al mesianismo de una nación amparada en el excepcionalismo? ¿La del que despreciaba a los judíos, a pesar de proclamar el amor universal, o la del que fantaseaba con un personaje que empuñaba el hacha en aras de una idea legítima para él? Después de verter tantos textos de autores y periodistas rusos perseguidos, censurados, represaliados o señalados, de haber atesorado tantas lecturas, desde Pushkin, pasando por Ulítskaia y Alexiévich, hasta Anna Politkóvskaia y Dmitri Murátov, el panorama de déficit democrático en el paisaje político ruso se me revelaba, a mí y al resto de lectores, en toda su amplitud, y el



Kazimir Malévich, *Caballería roja*, óleo sobre lienzo, ca. 1932.

Fuente: colecciónmuseoruso.es

hecho de que desde hace dos décadas ascendiera a la cima del poder un exoficial de la KGB con una guerra en Chechenia en su haber no auguraba nada bueno.

El despotismo siguió ejerciéndose desde Moscú y tomó derroteros nefastos, tanto para los rusos, como para sus vecinos, y en especial para las empobrecidas minorías étnicas de la federación, las más castigadas en las listas de caídos en esta guerra. Los que leyeron *Vida y destino*, ¿qué pensaron de que las distintas comisiones presidenciales rusas que, a partir de 2009, con eufemismos como "lucha contra los intentos de falsificar la historia en detrimento de los intereses rusos" para designar lo que era mera censura, acabasen por decretar en 2021 que es delito comparar la Alemania nazi con la Unión Soviética, las dos potencias que firmaron el pacto de 1939, según el cual se repartieron Polonia? Como mínimo, hoy en Rusia Vasili Grossman sería calificado de "agente extranjero", sintagma en el que resuena la parodia del forastero que plasmó Bulgákov en *El maestro y Margarita*. Si leyeron las memorias de Lidia Chukóvskaia o de Nadezhda Mandelstam, ¿qué les sugirió la clausura reciente de las oenegés de estudio del pasado de represión y de defensa de los derechos humanos, algunas de ellas creadas en tiempos soviéticos? ¿Acaso no leemos con un ojo puesto en la página y el otro en el presente?

Estos meses he recordado a menudo la introducción que escribió Milan Kundera a *Jacques y su amo*. En ella volcó su intolerancia al universo dostoievskiano, en que se "eleva el sentimiento al rango de valor y verdad". Como anticipándose a un lector occidental de 1985, él mismo se preguntaba: "¿Reflejo antirruso de un checo traumatizado por la ocupación de su país? No, ya que nunca dejó de amar a Chéjov". Los discursos de Putin exudan sentimentalidad revanchista, victimista y mesianismo. No, lo de Kundera no era rusofobia,

“ADEMÁS DE TRADUCIR MÁS LIBROS UCRANIANOS, DEBERÍAMOS CANCELAR EL DOSTOIEVSKI QUE HAY EN PUTIN, INDIGNARNOS CON LA CENSURA QUE IMPONE A LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN”.

término cuyo primer uso se atribuye al poeta y diplomático Tiútchev, el mismo que especulaba si los límites de su imperio los bañaban las aguas del Nilo, el Éufrates o el Ganges.

Algo parecido dijo Dmitri Bíkov con motivo del bicentenario del nacimiento del autor de *Los hermanos Karamázov* al aludir a su cruzada contra la lógica y la racionalidad —por ello “se podría denominar el padre del fascismo ruso”, añadía—, fundamento de sus ataques a Occidente mientras “veía en Rusia un tesoro de fe viva, irracional”. Los autócratas dejan una película pegajosa en los clásicos, como hizo Stalin al erigir a Pushkin en icono sacrosanto de la grandeza cultural rusa, cuya efigie emergió por todo el territorio soviético tan prolíficamente como la de Lenin. Sí, en retrospectiva, los versos de Pushkin llevan implícitos mensajes imperialistas, porque Pushkin escribió *en* un contexto imperialista. Y es que todo autor reacciona a su entorno: a favor, en contra o con querida apatía, y no siempre de forma coherente en el tiempo.

SERÍAMOS DEMASIADO INOCENTES si creyéramos que la literatura es impermeable a los equívocos, las injusticias y las ideologías propias del momento de su creación. El lector del futuro descubre muchas más cosas que el lector contemporáneo de un autor (aunque otras se le pasen). Se escribe *a pesar* del tiempo en que a uno le tocó vivir, *contra* él a veces, incluso, de grado o por fuerza, obviando las desigualdades. Pushkin compuso el poema "Poltava", contra el líder ucraniano Mazepa que se rebeló contra el zar Pedro el Grande, y asimismo reivindicó a su bisabuelo negro en una novela inacabada, razón por la cual Tsvietáieva escribió que la estatua erigida al poeta era como regalarle a Moscú "un pedazo de cielo abisinio".

Dejemos que los propios ucranianos expresen su dolor y recuerden por qué se defienden cambiando los nombres de sus calles o cambiando esculturas de lugar. Además de traducir más libros ucranianos, en lugar de cancelar a Dostoievski deberíamos cancelar el Dostoievski que hay en Putin, e indignarnos ante todo con la censura que éste impone a la libertad de expresión en Rusia y con el uso de la cultura a modo de camuflaje de la violencia, como se hizo en el teatro bombardeado de Mariúpol, tumba de unos seiscientos civiles: sobre el esqueleto de su fachada una enorme lona con los retratos de Pushkin y Tolstói,

junto a los ucranianos Gógol y Shevchenko, ocultó las excavadoras destinadas a borrar las huellas de los crímenes de guerra.

Si antes me referí a las virtudes de las ficciones que construimos a fin de contarnos a nosotros mismos y a los demás, no podemos eludir su lado oscuro. Los sueños de la (sin)razón imperialista producen monstruos en forma de relatos, y los de restituir la gloria pasada no le van a zaga. Por definición, la nostalgia no es un sentimiento dañino. Debemos a Svetlana Boym (Leningrado, 1959-Boston, 2015) el ensayo *El futuro de la nostalgia*. En él distinguía la *nostalgia reflexiva*, la que “no se espanta de las contradicciones de la modernidad”, la que es consciente de la naturaleza irreversible del tiempo y lo usa como material para la inspiración (sería el caso de Vladimir Nabokov o Joseph Brodsky). Dado que “ama los detalles, no los símbolos”, pone de manifiesto que “la añoranza y el pensamiento crítico no son conceptos opuestos, y que los recuerdos más queridos no le eximen a uno de la compasión, las opiniones y la reflexión crítica”. En contraposición tenemos la *nostalgia restauradora*, tan propia de los nacionalismos que formulan conspiraciones extranjeras y fabrican relatos históricos a medida. Si la reflexiva se interesa por la memoria personal, la restauradora se embriaga con los mitos fundacionales y anhela reconstruir los orígenes, el “hogar perdido”, con lo que cae en el pastiche.

ME VIENE A LA MENTE la colección de monumentos, efigies y esculturas creadas o recuperadas en la era Putin —de figuras como Piotr Stolipin, Stalin o el príncipe Vladimiro I de Kiev—, la glorificación de Stalingrado o, ya durante la invasión, el expolio de los restos del príncipe Potemkin, que reposaban en la catedral de Jersón. Por si no había quedado claro, en el reciente discurso ante la Asamblea Federal, Putin se explayó largamente en un mensaje como el que Orwell condensó así en 1940 (*En el vientre de la ballena*):

Todas las lealtades y supersticiones que el intelecto en apariencia había prohibido, podían volver en tropel envueltas en una finísima gasa. El patriotismo, la religión, el imperio, la gloria militar..., todo ello en una sola palabra: Rusia.

Allí, y en la fiesta organizada a continuación, nadie se atrevía a ser el primero en dejar de aplaudir, por si acaso (como se narra en un episodio recogido en *Archipiélago Gulag*). Pero esa Rusia de siete husos horarios en que desde las aulas se le exige el culto a la victoria (*pobedobesie*) se vuelve caricatura frente a topónimos como Bucha, Mariúpol, Irpín, Bajmut, pruebas tangibles de a qué conduce el frenesí del vencedor y a los que quedará para siempre asociada.

Putin dejará un legado que me recuerda la palabra rusa *raspútitsa* (literalmente, “tiempo sin carreteras”, cuando éstas quedaban intransitables durante el deshielo y, en la época de lluvias, transformadas en lodazales).

“EL PACTO POR EL CUAL PUTIN PODÍA IR CERCENANDO LAS LIBERTADES A CAMBIO DE ESTABILIDAD Y CRECIMIENTO ECONÓMICO HA QUEDADO RESCINDIDO UNILATERALMENTE”.

Dejará una *raspútitsa* interna, una población en parte atemorizada, en parte servil, escapista o resignada al estilo de un Oblómov (el personaje radicalmente apático de Goncharov), con algunos que han huido, con otros que se refugian en su mundo interior, resisten cumpliendo condena o esperan resoluciones judiciales. En Rusia no se produjeron masivas movilizaciones civiles, como sí las ha habido en Bielorrusia o en Irán, ni tampoco se depusieron las armas al ver “los ojos del hermano eterno”, como hace el personaje de Stefan Zweig del relato homónimo cuando descubre que ha matado a su hermano, que combatía en el otro bando. Ni siquiera ocurrió durante la movilización parcial de septiembre en Rusia, o en el exterior, por parte de la emigración rusa.

El pacto por el cual Putin podía ir cercenando las libertades a cambio de estabilidad y crecimiento económico ha quedado rescindido unilateralmente, sin alternativas. El último refugio es el “vientre de la ballena” orwelliana, esa “mentalidad de dacha” característica de la época soviética, cuando la casita en el campo era el reducto de libertad que hacía soportable todo lo demás. Entretanto, Putin se sentía Alekséi Ivánovich, el protagonista de *El jugador*, que creía haber desentrañado las reglas del juego y el azar. “El sistema de relaciones internacionales es como las matemáticas... Simple cálculo”, dijo en la Conferencia de Seguridad de Múnich en 2007.

Contaba con sus caballos de Troya, bien alimentados, en la Unión Europea y en distintos parlamentos nacionales, conocía bien cuál había sido la respuesta a la dictadura de Lukashenko y al secuestro en pleno vuelo de un avión comercial, así como a la anexión de Crimea, que conllevó sanciones, pero no paralizó el Nord Stream. Nada ha salido *po planu*, “según el plan”. Los ucranianos se revelaron resistentes como el cardo tártaro, que aparece transformado en símbolo en la novela póstuma de Lev Tolstói, *Hadji Murat*, y se alejan cada vez más de la cultura rusa, también del

idioma, que para ellos ahora tiene “el sabor de las cenizas”.

PORQUE, DE HECHO, ¿cuál era el plan? Ésa es la otra *raspútitsa*, el lodazal de debates que genera en medios de comunicación, redes sociales y conversaciones a pie de calle ante cada declaración tergiversadora del Kremlin, que muta a diario; una derrota es una victoria, el agresor es la víctima, la guerra es una operación militar.

En el llamado Sur Global, en África y entre las izquierdas, en que se mantiene intacto el marco mental de la Guerra Fría, el Kremlin ha promovido la narrativa de que es Rusia quien lidera el movimiento antiimperialista y anticolonial, de que un Occidente dominado por la rusofobia y la cultura *woke* libra su guerra en Ucrania por la dominación mundial y que el vecino invadido pertenece patrimonialmente a su esfera de influencia. Un resentimiento tóxico que busca alimentarse del resentimiento en otros continentes (hasta cierto punto lícito) para hacer un frente común. Y no olvidemos las simpatías de ciertas derechas hacia un líder que se erige en defensor, con todo el arsenal a mano, de los valores de la familia tradicional, la religión y la heterosexualidad. Cuando no esté Putin, habrá que limpiar todo ese barro cognitivo.

Uno de los relatos que el presente de la invasión nos ha devuelto tiene que ver con la (re)construcción del aura de *grandeza* asociada no sólo a la extensión y a los recursos naturales sino también a la encarnación más primigenia y tradicional de la mera idea de poder: el ejército. El pastiche putinista no privilegia el pasado zarista sobre el del imperio rojo, roba elementos de ambos a partir de un denominador común, su *grandeza*, a veces confundida con el temor que suscita, la mera incompreensión o el exotismo de conceptos vagos como el de *alma rusa*, un comodín envuelto de misticismo que disuade al neófito de traspasar la mera fascinación.

Y así tenemos un palacio versallesco a la rusa, como el que desveló el equipo del opositor encarcelado, Alekséi Navalni, bañado por las aguas del mar Negro, en esa ventana meridional que abrió la zarina Catalina II, bajo un control policial absoluto, un KGB 3.0, y el pillaje de las tropas rusas, como ladrones de poca monta, de lavadoras ucranianas. Si algo ha hecho saltar por los aires este año de guerra, con la solidaridad y el valor inquebrantables de los ucranianos por defender una sociedad libre y soberana después de siglos de sumisión y cultura rusocéntrica, es esa ficción de *grandeza* apoyada en el arsenal nuclear, la corrupción política, la economía extractiva y los mercenarios Wagner.

LA VENGANZA ANUNCIADA de Putin se ha estrellado contra la respuesta contundente de Ucrania, una periferia que se reivindica como centro por derecho propio. Es más, la naturaleza fronteriza de Ucrania, su historia —caracterizada por la mezcla heterogénea de lenguas, credos y etnias— desafía el concepto clásico de Estado-nación, como una



Nikolai Bogdanov-Belsky, *Despidiendo a un recluta*, 1898.

nueva gramática civil que, al defender su futuro, abraza por fin su pasado. Un referente no sólo para la Europa Occidental, que tenía a la Unión Soviética por un ente manejable y que, después de que se desintegrara, subestimó las repúblicas que surgieron de las ruinas.

La invasión de Ucrania es el réquiem de una Rusia que pudo ser referente y ha acabado víctima de sus propios complejos. Y el empuje de esas repúblicas, con el recuerdo aún fresco de la dictadura, que está desplazando el eje de poder de la Unión Europea hacia el Este sobre el de París-Berlín, no debería pasar desapercibido en América. La guerra aplica sus propias tablas de conversión. Los últimos trescientos treinta y cinco días en Ucrania equivalen a quince mil alarmas antiaéreas, mil horas de sirenas que rasgaron el cielo de algunas ciudades con un cuchillo de decibelios, ocho millones de refugiados en el extranjero y más de cinco millones de desplazados internos, setenta y un mil investigaciones por crímenes de guerra, más de cuatrocientos niños muertos en bombardeos, saqueo de instituciones culturales –según expertos internacionales, el expolio podría ser “el mayor robo colectivo de obras de arte desde que los nazis saquearon Europa”, recoge el *New York Times*–, amputados y huérfanos... Y con todo, como proclama la primera línea de su himno nacional, Ucrania aún no ha muerto.

Cuando el telón empezó a levantarse de nuevo entre Rusia y Europa tras los primeros compases de la invasión –cancelación de conexiones aéreas, de intercambios comerciales y culturales, del sistema bancario

Swift, etcétera–, recordé que la última exposición anual que aún colgaba en las paredes de la sede española del Museo Ruso de San Petersburgo, en Málaga, era, irónicamente, “Guerra y paz en el arte ruso”. Los primeros meses del año pasado estuve ocupada en la traducción de los textos de la muestra y de las cartelas que nos enviaban desde Rusia.

SÍ, ERA POSIBLE explicar la historia del Imperio ruso y de la Unión Soviética a partir de un protagonista omnipresente: la guerra. Pero esa historia contada con óleos de todos los formatos acababa en la Gran Guerra Patria, no en Afganistán. Tampoco seguía con Chechenia, Georgia o Siria. En la introducción, el conservador jefe de las pinturas de los siglos XIX y XX se jactaba de que los europeos –excluía de la ecuación a los rusos– se extrañasen de que aún hubiera guerras en el mundo “y no en un plató de cine”. La guerra, decía, era la “compañera natural de la humanidad”. Luego consulté catálogos anteriores para la misma institución en los que también colaboré y constaté la visión rusocéntrica a la que estábamos tan acostumbrados –no sólo en el arte, también en los departamentos de eslavos de las

“CONSTATÉ LA VISIÓN RUSOCÉNTRICA A LA QUE ESTÁBAMOS ACOSTUMBRADOS, SEGÚN LA CUAL LO EXPRESADO BAJO EL DOMINIO DE MOSCÚ SE CONSIDERA DENOMINACIÓN DE ORIGEN RUSO”.



Alexandra Exter, *Naturaleza muerta*, collage y óleo sobre lienzo, 1913.

universidades, en la historiografía, en la política, en la opinión pública–, según la cual todo lo expresado en ruso o bajo el dominio de San Petersburgo y Moscú se considera denominación de origen ruso.

En la retrospectiva de Kazimir Malévich de 2018, por ejemplo, la única referencia a Ucrania estaba en la cronología. Los campesinos de sus cuadros se describen sin indicar la procedencia, como si pertenecieran a un mundo rural genérico. No se habla de la persecución del campesinado ucraniano sino asépticamente de “la situación en la Unión Soviética”. En la autobiografía del artista, sin embargo, hallamos sus recuerdos de la infancia, su admiración hacia cada detalle de la naturaleza y el folclor ucranianos.

DOS HISTORIAS EN LA NOCHE PROFUNDA

KATERYNA MIKHALITSYNA
TRADUCCIÓN • MAX COLUNGA

Entre más se prolonga la guerra, menos palabras deja para mí. Y más historias que pueden contarse con esas palabras, escasas pero todavía relevantes. Las reúno como cuentas preciosas y las guardo, aunque no sé qué clase de collar se formará al final con ellas.

NOCHE PROFUNDA. El halo con niebla de la luna se refleja en uno de los muchos charcos en la calle. El borde del charco parece rojizo –podría ser sangre o sólo un tono local del suelo, tan próximo al frente de batalla. Un perro ladra cerca del viejo portón de madera. Éste se abre y sale una mujer con un suéter grueso de lana y una bufanda en la cabeza.

–Ven –dice–. ¡Te estamos esperando! Y, por favor, llámame Vikusya.

Vikusya y su familia –esposo e hijo adolescente– viven en el pueblo de Dmytrivka, cercano a Pokrovsk, en la región de Donetsk, constantemente bombardeada por los rusos. Ella no ha abandonado su pueblo natal desde que comenzó la invasión a gran escala. Organizó una cocina de campaña y junto con sus incansables *muchachas*, cuyas edades van de los 17 a los 75 años y se llaman a sí mismas “las abejas”, preparan alrededor de mil *varenyky* cada día.



El pueblo de Dmytrivka.

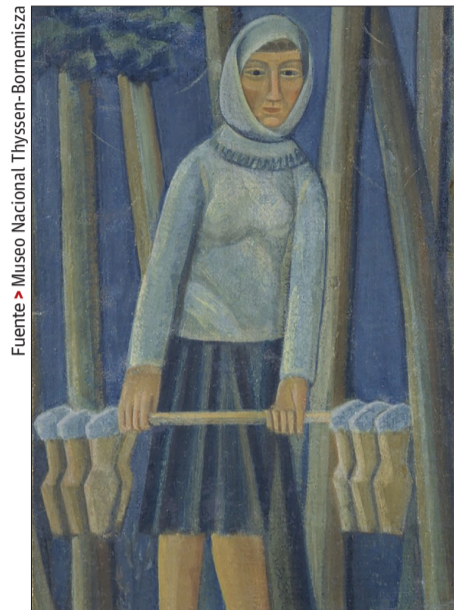
El *varenyky* es un platillo tradicional ucraniano muy fortificante, una especie de masa rellena con papas, col u otros vegetales, que se hierven y sirven con crema agria o cebollas fritas, trozos de tocino y manteca asada. Cada día, Vikusya empaca los *varenyky* cocinados por ella y sus *muchachas*, y va a la calle principal del pueblo para ofrecerlos a los soldados que avanzan rumbo al frente, o para alimentar a los que regresan en vehículos de evacuación –si son capaces de comer, claro.

De no ser así, Vikusya o una de sus “abejas” se queda simplemente ahí, sonriendo y murmurando con suavidad a lo que queda de

un rostro humano tan profundamente herido por las esquirlas de una bomba rusa, que ya no es posible distinguir sus antiguas facciones. O bien estrecha el muñón del brazo de un joven, quien se lo pide porque no puede creer que esté mutilado –todavía lo percibe como una parte doliente de su cuerpo herido. “No gritar, no suspirar, no mirar con terror”, dice Vikusya al hablar sobre sus “abejas”. “Se pueden desmayar, les digo, pero sólo después de que los guerreros continúen su camino”. De esta manera afronta la guerra –con incesante trabajo y cuidado de los otros, en especial quienes están junto a ella y sus seres amados ante la ocupación. Al preguntarle cómo empezó la guerra para ella, responde:

–Bueno, había comprado mi segunda vaca, ¡que fue mi sueño durante años! El 23 de febrero [de 2022] traje a casa una novilla largamente esperada, y a la mañana siguiente mi amigo de Pokrovsk me llamó y gritó por el teléfono: “Ya empezaron, Vikusya, ¡los rusos empezaron la invasión! ¡Tienes que irte! Yo me voy con mi familia. Haz algo, Vikusya, ¡es la guerra! ¡La guerra!”. Pero, ¿cómo podía irme? Acababa de comprar una segunda vaca, de satisfacer mi sueño; me había arraigado aún más profundamente con esta porción de tierra en la que nació... Así que fui donde

Foto • Diana Polatova / open democracy.net



Mykhailo Boichuk, *Lechera*, temple sobre lienzo, 1922-1923.

Todo su arte, incluido el abstracto, nació de ahí:

Como futuro artista, me deleitaba observando los campos y los coloridos campesinos que escardaban o desenterraban la remolacha... [Por la noche] escuchaba con regocijo el canto de los niños campesinos que llegaba hasta mi ventana, y estudiaba el cielo ucraniano en el que las estrellas ardían como velas.

Si Putin ha unido su destino —y con él, el de la generación Z— a una “guerra permanente”, en palabras del sociólogo Grigori Yudin, Zelenski ha manifestado en su visita al Reino Unido que la

estaba mi vaca recién adquirida y le pedí que fuera paciente y no concibiera un becerro durante una o dos semanas, porque una vida nueva no debería llegar a un mundo en guerra. Y luego le supliqué que esperara un poco más, tal vez un mes, hasta que la guerra terminara. Y luego más y más tiempo... Ya dio a luz dos veces, y la guerra todavía no termina.

NOCHE PROFUNDA. La nieve cubre el terreno. La primera nevada sobre Lviv en este invierno. Debo ver a mi amiga, que tiene protectores para heridas tóricas que hacen mucha falta en Bakhmut, adonde irá mi esposo mañana en la mañana con sus compañeros voluntarios.

Quedé con ella de vernos en un parque cercano a la escuela, que se encuentra a medio camino entre su casa y la mía. Ambas tenemos trabajos, hijos, sirenas antiaéreas, ansiedades, malas noticias y gente que nunca hemos visto, pero se ha vuelto un factor crucial en nuestras vidas, ya que está luchando en el frente de batalla, protegiéndonos a todos los que estamos acá atrás, en las profundidades, intentando alguna especie de rutina normal que aún nos sea posible. Mientras la espero, mi hijo de casi seis años hace un robot de nieve que luchará contra el ejército ruso, ayudará a proteger las vidas de nuestros soldados y terminará la guerra con una victoria ucraniana. No habrá más sirenas antiaéreas, me dice, mientras construye su desaliñada figura de nieve; Yaryna (su hermana) tendrá clases en lugar de estar sentada en

defensa de Ucrania es “la victoria sobre la mera idea de la guerra”. De alguna manera hay que poner fin a esta narrativa ininterrumpida de corte imperialista y de apropiacionismo cultural.

La cultura rusófona tiene mucho por lo que ser admirada, pero es hora de dejar de contentarse con el martirologio de artistas maltratados por el Estado. Shalámov, Pasternak, Bulgákov, Tsvietáieva, Jarms, Bábel, Brodsky, Zamiatin, Dovlátov, Platónov, etcétera, fueron ejemplos inigualables de compromiso hacia el arte, de resistencia interior y amor a la libertad; pero queremos que la literatura rusa sea algo más que la consecuencia de una vida en una sociedad dispuesta al sacrificio y oprimida por el Estado, de modo que quede definitivamente como algo del pasado lo que en fecha reciente dijo Svetlana Alexiévich:

Cuando los tanques empezaban a concentrarse en la frontera ucraniana, recordé los libros que había escrito y las personas con las que había hablado. Me di cuenta de que somos gente de guerra. Así es nuestra cultura. La gente habla de la gran cultura de Rusia, pero lo principal de esta “gran cultura rusa” es la cultura bélica.

“SI PUTIN HA UNIDO SU DESTINO A UNA ‘GUERRA PERMANENTE’, ZELENSKI HA MANIFESTADO QUE LA DEFENSA DE UCRANIA ES ‘LA VICTORIA SOBRE LA MERA IDEA DE LA GUERRA’”.

HACE UNAS SEMANAS en Madrid visité la exposición del Museo Thyssen-Bornemisza, “En el ojo del huracán. Vanguardia en Ucrania, 1900-1930”. Los estallidos de las bombas que nos llegan desde las pantallas mutaron allí en estallidos de color: la fantasía de David Burlíuk —el padre del futurismo eslavo—, la campesina ucraniana de su hermano Volodímír, las naturalezas muertas de Exter, las composiciones de El Lissitzki, la lechera de Boichuk... todo presentado junto a una interpretación largamente esperada.

Pero lo más emocionante no fue ver aquellas obras de arte traídas de Ucrania en plena guerra, sino salir de la última sala y de repente encontrarse con lienzos de artistas (contemporáneos o casi) procedentes de otras geografías y que por fin dialogaban con sus colegas ucranianos: *Muchacha sentada*, de Egon Schiele; *El sueño*, de Franz Marc; *Nubes de verano*, de Emil Nolde; *Arlequín con espejo*, de Pablo Picasso; *Habitación de hotel*, de Edward Hopper o *Sin título (verde sobre morado)*, de Mark Rothko.

Recordé la nariz del relato de Gógol que, en su huida a Riga, hacia Occidente, desgajada del asesor colegiado Kovaliov, que no se sobrepone a la idea de quedarse con un rostro desnarigado, le responde, cuando éste último quiere hacerla entrar en razón, diciéndole que es un apéndice suyo, sin derecho a una existencia propia:

Se equivoca, señor mío. Voy por mi cuenta. Y no puede haber una relación estrecha entre nosotros. A juzgar por los botones de su uniforme, usted debe servir en otro departamento. ☑

Foto > Ashley Gilbertson / news.un.org



Refugio antibombas en la región de Donetsk, Ucrania.

de los Héroe de sus lugares de origen y en pueblos alrededor de Ucrania. Algunos todavía yacen en los campos de batalla porque sus cuerpos no pueden ser recuperados debido al bombardeo constante de los rusos. Otros, simplemente, se han distanciado en busca de continuar con la vida que tenían antes del 24 de febrero, sin permitir que la invasión a gran escala los alcance.

“Hay demasiada guerra dentro de nosotros”, afirma Olia. Y no se sabe qué pasará con nosotros, qué clase de gente seremos cuando esto termine, ni siquiera si aún estaremos aquí, pienso, pero no lo digo en voz alta. Sin embargo, ese miedo flota en el aire. Las dos lo sentimos plenamente. La nieve saca chispas. Al parecer mi hijo va ganando la batalla. “Hace tanto tiempo que no hago ángeles de nieve”, dice de pronto Olia. “Yo tampoco”, respondo, y añado: “¿Qué nos detiene? ¡Vamos a hacerlos!”. La tomo de la mano y caemos en la nieve, riendo.

Sacudimos nuestras chamarras. Nos despedimos con un abrazo. Mi hijo viene hacia nosotras corriendo. Ve nuestras figuras extendidas en la nieve. “¿Son ángeles o qué?”, pregunta. “Qué lindo que sepan hacerlos todavía”. ☑

KATERYNA MIKHALITSYNA (Ucrania, 1982) es autora de libros infantiles, poeta traducida al inglés, alemán y otros idiomas. El libro de poemas *Glosy (Las voces)* es una de sus publicaciones recientes. Vive en Lviv.

Editora y poeta, una voz contundente en el escenario literario contemporáneo, en 2022 Zel Cabrera hizo una estancia artística en el Banff Centre, en Canadá. Un par de años antes publicó en la Revista de la Universidad de México: "Escribí parálisis cerebral en un poema que después formó parte de un libro por el que obtuve un premio nacional... entonces empecé a hablar de mi condición a los cuatro vientos. Sin vergüenza decía que la parálisis no mordía, que la que mordía era yo". En estos poemas inéditos muestra la potencia que la señala.

"ME DICEN QUE LA POESÍA NO SALVA"

ZEL CABRERA
@zel_cabrera

ME GUSTARÍA NO PENSAR QUE TODO ES UNA METÁFORA

de todo,
porque sí
es molesto ser esa clase de persona
que cree que lo que sucede tiene una razón,
una lógica y debemos encontrarle
chichis a las culebras,
tres pies al gato.

Es cansado pasarse buscando una señal
de algo,
darle vueltas a las cosas
pensando que esto también puede ser un poema.

Es cansado creer
siempre que el mensaje debe ser
decodificado
al lenguaje de la poesía
que nunca será el de la vida.

II

Me gustaría mirar a esa cierva pastar
con su cría de unos meses
que se tambalea con sus débiles patitas,
simplemente contemplarlas
y emocionarme
sin pensar en mi madre,
en nosotras.
No sentir que somos en otro tiempo
ese par de animales
que pastan en el mismo prado

y es algo que parece inevitable
ante este vicio de palabras y palabras
y palabras.

Este vicio es todavía peor
que cualquier otro
del que uno pueda
rehabilitarse en una clínica,
pienso
y comienza así otra metáfora.

ME DICEN QUE LA POESÍA NO SALVA

a nadie
y probablemente sea cierto
no se puede pagar la renta con un puñado de malos poemas
sobre hospitales y entierros
o muertos ajenos
pero un libro de poemas hizo que yo habitara este país
todo el verano
hizo que atravesara dos países y medio
para encontrarme
un libro de poemas me dio de desayunar, comer y cenar
cincuenta días soleados y calurosos.

La poesía no salva
tienen razón los que lo dicen,
aún así llevo arrastrando
mi maleta
con diez kilos de libros de poemas.

De algo han de servirme. ▣

ZEL CABRERA (Guerrero, 1988) obtuvo el Premio Nacional de Poesía Tijuana 2018. Ha publicado *Perras*, *La arista que no se toca*, *Una jacaranda en medio del patio* y *Cosas comunes*, entre otros libros. Desde 2020 dirige la editorial Los libros del perro.

Presentamos una entrega más de este ejercicio lúdico en torno a bibliotecas, curiosidades librescas, gustos y tendencias lectoras: en cada una hemos dado voz a personajes vinculados tanto con la literatura como con el arte en Hispanoamérica. En este caso, la periodista cultural Adriana Malvido, cuya trayectoria arrancó a fines de los años setenta, analiza el placer de pasearse por sus varios librerías, de toparse con títulos que desde los siete años y hasta hoy se han vuelto parte de su piel más íntima.

CUESTIONARIO K-PUNK

DEL LIBRO • 13

ADRIANA MALVIDO

@amalvido

1. ¿Cuántos libros puedes contar en tu biblioteca?

Nunca los he contado, pero haré un cálculo. En mi estudio en la Ciudad de México tengo tres librerías. Todos contienen ejemplares a doble fila, algunos horizontales encima de los otros y conviven más o menos amablemente y localizables, por género literario—novela, ensayo, poesía, ciencias sociales, biografías, mujeres, feminismo, historia, periodismo— y por autores. El más grande contiene 700 volúmenes; el que sigue, 640, mientras en el pequeño guardo 122; los exiliados entre mi escritorio o el piso, unos cincuenta. Total: 1512. Tengo otra biblioteca que cubre los muros de la sala de mi casa y que contiene libros de arte. Aproximadamente son novecientos. Otro librero de casa alberga 320. Y en Cuernavaca guardo unos 550. Total aproximado: 3282.

2. ¿Cuál es el título del último libro que compraste?

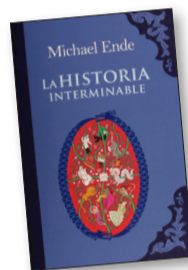
El peso de vivir en la tierra, la novela más reciente de David Toscana.

3. ¿Cuál es el último libro que leíste?

El amante polaco, volumen II, de Elena Poniatowska. Ahora estoy leyendo *Parable of the Sower*, novela de la escritora estadounidense Octavia E. Butler.

4. Menciona cinco libros que significan mucho para ti.

Perdón, pero creo que enlistaré más de cinco, me es imposible ceñirme a ese número. A cambio, soy breve en las demás respuestas del cuestionario. *Titanes de la literatura infantil (Antología de los grandes clásicos para niños)* fue el primero que leí sola, a los siete años. En la banqueta de la calle de mi casa, esperando el autobús escolar, descubrí el placer de la lectura y la capacidad de las palabras para convertirse en alfombra mágica, para llevarte a lugares lejanos y fascinantes; *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. Cuando terminé de leerlo me temblaban las manos de emoción estética. Me deslumbraron tanto el lenguaje como la imaginación del autor; *Los periodistas*, de Vicente Leñero. Lo leí



“CUANDO TERMINÉ DE LEER CIENTO AÑOS DE SOLEDAD ME TEMBLABAN LAS MANOS DE EMOCIÓN ESTÉTICA. ME DESLUMBRARON TANTO EL LENGUAJE COMO LA IMAGINACIÓN DEL AUTOR”.

mientras estudiaba periodismo en la universidad. Fue definitivo en mi formación. En sus páginas conocí, antes de verlos en persona, a todos aquellos colegas con quienes trabajaría muy pronto, en 1979, cuando ingresé al primer periódico *unomásuno*, el que fundó Manuel Bécerra Acosta. Conocer la historia del golpe a *Excelsior* y de dónde venían todas aquellas reporteras y reporteros fue muy importante para mí. Además, con ese libro inicié mi admiración por la obra periodística y literaria de Vicente Leñero. Lo considero toda una referencia ética. Poco después leí *Música para camaleones*, de Truman Capote, y entendí el periodismo como género literario; *La historia interminable*, de Michael Ende. Con esa novela me terminé de convencer de que un buen libro para niños lo es para todas las edades. Tiene un trasfondo filosófico profundo y muy importante, que me dejó huella: la imaginación y la fantasía como factores indispensables para la supervivencia humana. Me maravilló la edición a dos tintas, idea que retomé muchos años después para mi libro *La noche de la Reina Roja* (publicado en 2012), en su versión para infancias y jóvenes; *Nobleza de espíritu, una idea olvidada*, de Rob Riemen. Es un texto que te sacude y te llena de inquietudes acerca de la vida contemporánea y la

urgencia de la filosofía en nuestras vidas. Lo leí con avidez y tuve la oportunidad de entrevistar al autor, filósofo holandés, fundador y director del Instituto Nexus de Ámsterdam, Holanda, en una de sus visitas a México. Por esa entrevista recibí el Premio Nacional de Periodismo 2011 (ese texto se publicó en el suplemento *Laberinto*, de *Milenio*). Así nació una relación profesional y amistosa muy importante con Riemen; *Mary Wollstonecraft / Mary Shelley*, de Charlotte Gordon. La biografía de estas dos escritoras, madre e hija, en la reciente investigación de Gordon, nos descubre un episodio clave en la historia del feminismo y también de la literatura. Entre otras revelaciones ofrece una nueva lectura de la obra y el significado profundo de la obra maestra de Mary Shelley, *Frankenstein*, publicada hace más de doscientos años, en 1818. El papel de la mujer en la literatura y la cultura, que apenas se está desvelando en una especie de arqueología de género, ha sido un tema que me apasiona, así que éste es un título que ocupa un lugar muy especial entre mis lecturas y relecturas; *Los cínicos no sirven para este oficio*, de Ryszard Kapuscinski. Ese pequeño volumen contiene la postura ética del mejor reportero del siglo XX. Lo he leído y releído. Me han marcado su experiencia, su visión del mundo, la cultura y el humanismo como centro del oficio; *Tinísima*, de Elena Poniatowska. Esta novela la leí mientras investigaba la vida y obra de Nahui Olin. Y aunque lo mío es un reportaje biográfico, las historias tienen lugar en el mismo contexto tanto histórico como cultural. Fue un gran alimento durante mi trabajo. También un placer para la lectura; *Inventario*, de José Emilio Pacheco. Los tres tomos contienen la más importante referencia para quien aspire a desarrollar un periodismo cultural a la altura de la historia, el arte y la cultura en México.

5. Nomina a cinco personas para responder este cuestionario.

Elena Poniatowska, Braulio Peralta, Fernanda Melchor, Paco Prieto y Sara Lovera. 📍

ADRIANA MALVIDO

(Ciudad de México, 1957) es periodista, escritora y columnista en *El Universal*. Ha publicado nueve libros, entre ellos *La Reina Roja* (2006), *Nahui Olin, la mujer del sol* (2018) e *Intimidades* (2022), con fotos de Christa Cowrie.

Cumplir 75 años no implica renunciar a la música. Dejar de pegar saltos en escena. Volverse aburrido. No lo implica si eres Iggy Pop. A cincuenta años de Raw Power, disco que le dio una estocada mortal a lo que hasta entonces se escuchaba, el cantante de los Stooges regresa a su quintaesencia: el rock crudo. Y lo hace desgañitándose con el viejo punk en temas como "Modern Day Ripoff" o sonando melancólico en "New Atlantis". Daniel Herrera revisa las entretelas del nuevo disco del estadounidense: Every Loser.

Iggy Pop
VIEJO PUNK

CON IDEAS NUEVAS

DANIEL HERRERA
@puratolvanera

Como buen adolescente de los noventa, llegué a Iggy Pop a través del grunge que inundaba MTV y la radio. Fue raro, porque lo primero que recuerdo de él fue la canción nada punk de título "Candy". No podía escuchar mucho más de él. Ya sabemos que antes de Napster, conseguir música en este país era caro y complicado. Además, tenía trece o catorce años; comprar un caset significaba invertir horas lavando autos o ser paciente al juntar las pocas monedas que podía robar cada vez que me enviaban a comprar la leche y el pan. No fue Iggy mi primera opción ante tantos discos que deseaba tener. Preferí comprar *Nevermind*, de Nirvana o algo de Soundgarden.

Por eso, mientras hoy escucho su más reciente álbum pienso *qué gran época para estar vivo*. Sí, el cambio climático es inminente y siguen existiendo dictadores y fascistas, pero puedo escuchar toda la discografía de Iggy en línea cuando se me antoje. Parece consuelo de tontos, pero me es suficiente para atravesar un día complicado.

TODAVÍA RECUERDO que en 2016, después de grabar *Post Pop Depression*, andaba despidiéndose de medio mundo. Llegó a afirmar que le costaba mucho trabajo meterse al estudio a grabar algo nuevo. Luego hizo un disco acompañado de músicos de jazz y algunas otras colaboraciones.

Cuando parece que a Iggy le falla la energía para seguir creando música porque tiene 75 años, esa edad no significa nada y decide darnos un nuevo álbum en enero de este año: *Every Loser*. He notado que después del tropezón que significó *Free*, álbum del 2019, Iggy Pop regresó al lugar donde se nota más cómodo: el siempre noble rock crudo. No lo hace solo, como es su costumbre. ¿Cuántos más pueden jactarse de comenzar su carrera solitaria de la mano de David Bowie y no detenerse durante más de cuarenta años, casi siempre acompañado de distintos músicos y productores?

En el nuevo disco lo siguen viejas glorias de los años noventa: Chad Smith de los RHCP, Duff McKagan de los Guns e integrantes de Jane's Addiction y Pearl Jam, además de Taylor Hawkins, en la que tal vez sea la última grabación del baterista de Foo Fighters. Pero



Fuente: Northfoto / Shutterstock.com

obra maestra, pero con Iggy es apenas aceptable. Tanto ese coro con respuesta como el *riff* de guitarra constante hacen que uno piense en conciertos de nostalgia rockera.

Por fortuna aparece "Strung Out Johnny", sobre la drogadicción y con reminiscencias al Iggy Pop que se juntaba con Bowie por las calles de Berlín. Con "New Atlantis", Iggy le canta a la ciudad donde ahora vive. No lo hace desde el enamoramiento paradisiaco que Miami podría exigir. En lugar de eso, nos dice que más que una ciudad es una prostituta, que el paraíso está lleno de puchadores colombianos, que es un extraño

lugar donde sus habitantes buscan amor desesperadamente. Todo lo anterior va acompañado de una música que recuerda al Iggy más melancólico y pop.

El viejo punk de siempre se puede escuchar en "Modern Day Ripoff" y "Neo Punk". No suena a The Stooges en sí, pero ahí están las guitarras agudas distorsionadas y el bajo machacón con la misma línea repetitiva. ¿Qué falta? Pues el *crooner*, el Iggy de "La vie en rose" y "What Is This Thing Called Love", sin perder la personalidad. En este álbum lo hace con "Morning Show", canción que habla sobre la mejor forma de ocultar la depresión. El álbum completo nos recuerda que Iggy no es un cantante más, sino alguien que ha construido un estilo personal irrepetible.

Cuando los viejos rockeros comenzaron a envejecer, Bowie se preguntaba cómo debía actuar a sus más de cincuenta años. Algunos terminaron siendo una parodia de ellos mismos y cada vez que intentaban reinventarse se hundían más en el ridículo. Por otro lado están algunos, como el mismo Bowie justo antes de morir o su amigo Iggy, que pueden revisar su propia historia musical para crear un nuevo disco que eleva un escalón más su propia obra.

Los álbumes de Iggy Pop pueden ser irregulares. De un lado están las obras maestras, otros apenas cumplen y unos más son tropezones. Lo que no se le puede criticar es que sea repetitivo o no sepa sorprender a su público. Que a los 75 años lo vuelva a hacer me lleva a creer que, aunque los noventa ocurrieron hace ya treinta años, la creatividad y el asombro ante el mundo sólo terminan con la muerte. ■

"LLAMA LA ATENCIÓN LA PRESENCIA DEL PRODUCTOR ANDREW WATT, QUIEN HA TRABAJADO CON OZZY OSBOURNE Y JUSTIN BIEBER".

lo que llama más la atención, tanto a críticos como a fans del cantante, es la presencia del productor Andrew Watt, quien ha trabajado tanto con Ozzy Osbourne como con Justin Bieber.

Watt, productor de pop antes que de rock, comprendió qué debía hacer con Iggy. Se necesita una gran inteligencia musical para permitir que la estrella se desenvuelva en un ambiente que parece casi caduco. Hay que aceptarlo, en una época de monótonas fórmulas musicales y exceso de *autotune*, no suena como una opción lógica que un productor pop se ponga a trabajar de la mano de uno de los más importantes artistas del rock. Aun así, exceptuando el primer *single* (que no es tan bueno), Watt hizo un gran trabajo guiando a Iggy a través de su propia historia musical. Es como si decidiera entregarnos todas las habilidades que tiene el cantante, desde lo más punk hasta la vocación *crooner* en el mismo disco.

ABRE "FRENZY", un rock que parece de los primeros dosmiles, bastante tradicional y el punto más bajo del álbum. Si esto lo hiciera cualquier otro grupo de rock actual sería una

AL MARGEN

Por
**VEKA
DUNCAN**
@VekaDuncan

LA BRECHA
DE GÉNERO
EN EL ARTE

“LA HISTORIADORA
DEL ARTE HA
MOSTRADO QUE
EN LOS MUSEOS
MEXICANOS,
MENOS DE 25 POR
CIENTO DE LAS OBRAS
SON DE ARTISTAS
FEMENINAS”.

Viene el 8 de marzo y, como cada año, las mujeres tomaremos las calles para exigir un alto a las violencias a las que día con día nos enfrentamos. La lista es larga, va desde la falta de una paga igualitaria hasta los llamados *techos de cristal*, que no nos permiten acceder a puestos de toma de decisión. Estas exigencias suelen entenderse en un contexto de oficina corporativa, aquel mundo *godín* que existe tras los ventanales de las enormes torres que dominan los cielos, pero en el ámbito del arte también existen esas brechas y son del tamaño de trincheras. Ahí se ejerce una violencia que no sólo pasa por lo laboral, sino que toma una de sus formas más sutiles, pero no menos agresivas: la invisibilización.

DESDE LAS DÉCADAS de los setenta y ochenta, el cuestionamiento sobre la representatividad de las mujeres en las instituciones artísticas ha estado presente. Aquel reclamo inicial se dio con gran beligerancia a partir de lo vivido por las propias artistas, así como también desde la academia: denunció la ausencia de mujeres en grandes museos y galerías, además de las cifras que la evidenciaban. Y también desde entonces los avances han sido pocos, aunque a veces se crea lo contrario. A primera vista podría parecer que la situación ha cambiado de manera radical. Cada vez es más frecuente encontrar retrospectivas de mujeres artistas en museos de talla internacional y es también más común que sean laureadas con premios o que representen a sus países en eventos globales, como bienales. Sin embargo, estudios recientes nos confrontan con una realidad que sigue muy lejos de un escenario ya no ideal, sino al menos aceptable.

En 2019, dos estudios sacudieron las buenas conciencias de las organizaciones artísticas. El primero, realizado por la universidad estadounidense Williams College, encontró que, a pesar de los esfuerzos por diversificar los museos de arte de nuestro vecino del norte, 87 por ciento de los artistas exhibidos siguen siendo hombres. El reporte no es más benévolo cuando de otro tipo de diversidad se trata, pues aún 85 por ciento de éstos son blancos. En paralelo, un segundo análisis global realizado también en 2019 por In Other Words y artnet demostró que tan sólo 14 por ciento de las exposiciones individuales o colectivas son protagonizadas por artistas mujeres.

Este último estudio también puso a debate la situación en otro sector, el del mercado del arte: reveló que en la última década únicamente dos por ciento de las adquisiciones en subastas han correspondido a trabajos de creadoras. Este casi nulo porcentaje, además, atañe principalmente al trabajo de quienes son mundialmente famosas, mientras que cuando se trata de hombres se aprecia una mayor heterogeneidad entre artistas emergentes, consagrados y los llamados *grandes maestros*.

La problemática no se enfoca solamente a las compras realizadas por particulares para colecciones privadas, sino también a aquellas hechas por museos e instituciones gubernamentales, que cuentan con presupuesto y políticas de adquisición. Al poner la lupa sobre estas organizaciones resulta sorprendente encontrar que la compra de piezas de mujeres artistas representa 11 por ciento cuando se realiza para robustecer sus colecciones permanentes. Estos acervos suelen ser el corazón de instituciones nacionales, el centro alrededor del cual gira no sólo la vocación de un museo, sino todos sus programas expositivos, públicos y académicos, por lo que la falta de un esfuerzo mayor por incluir a las mujeres abre un cuestionamiento sobre su pertinencia como representantes de los países y comunidades que dicen reflejar.

La pandemia no parece haber modificado estas actitudes, pues otro estudio publicado en diciembre de 2022, ahora a cargo de la Freeland Foundation y enfocado en el Reino Unido, hace eco de esta situación. Entre sus hallazgos más significativos aborda las adquisiciones de museos nacionales como la Tate Gallery, que reporta 32 por ciento de sus compras dedicadas a obra de mujeres, y la National Gallery ni una sola, pues sólo compró cuatro piezas en 2021 y todas eran de hombres (blancos), aún cuando sólo 1.2 por ciento de los artistas en su acervo son mujeres.

Las galerías comerciales, actores fundamentales en el mercado del arte, también abonan a la brecha de género, como lo demostró el mismo estudio de Freeland Foundation. Ahí se aprecia una disparidad alarmante



Elisabeth Louise Vigée-Lebrun, *Autorretrato*, óleo sobre lienzo, 1792.

entre el número de artistas formados en las academias y escuelas de arte (66 por ciento son mujeres o personas no-binarias) y los artistas representados por galerías comerciales (67 por ciento de género masculino). Mientras tanto, 53 por ciento del claustro académico que forma a esos artistas son mujeres, aunque 58 por ciento los profesores mejor pagados son hombres.

A TODO ESTO... ¿cuál es el panorama en México? Si los números en países donde ha iniciado un esfuerzo institucional por reducir brechas aún dejan mucho que desear, en el nuestro no son más alentadores. Una investigación realizada por la historiadora del arte Karen Cordero ha mostrado que en los acervos de los museos mexicanos, menos de 25 por ciento de las obras son de artistas femeninas, siendo este porcentaje el que corresponde al MUAC, de la UNAM; todos los demás presentan cifras muy por debajo de ésta. Mientras tanto en 2021, de acuerdo con el INEGI, 52 por ciento de los asistentes a museos son mujeres, pero no nos vemos representadas en sus colecciones. Sin embargo, hay algo de esperanza aún, pues una importante mayoría de los puestos directivos de nuestros museos son ocupados por mujeres.

A la luz de los números encontramos que el mundo del arte no es tan progresista como nos han hecho creer. Al contrario, el patriarcado se ha sostenido también en el sistema artístico, empezando por los museos. Si éstos son, o aspiran a ser, aliados en la lucha contra la desigualdad y la violencia de género, deben modificar sus prácticas desde la raíz más profunda, más estructural. Lo que se ve reflejado en sus muros es nuestra sociedad y al ponernos frente a ese espejo tienen también el poder de modificarla. ■

TODA MI VIDA HE ORINADO DEMASIADO. Y si cheleo es peor. En la cantina me echan un chingo de carrilla. Vejiga caída, cansada, de enano, de bebé, me dice la raza burlesca porque me levanto seguido a miar. Siempre lo consideré un defecto de mi organismo, hasta que un médico me dijo que era sinónimo de buena salud. Hay épocas en que me doy vuelo. Sobre todo cuando estoy en situaciones estresantes. Lo que indica que la frecuencia de mis micciones tiene un componente emocional. Entre más ansioso me encuentro, más voy a vaciar el boli.

Con el paso del tiempo uno aprende a reconocer su cuerpo. Lo que no significa que la mordedura de serpiente de una enfermedad crónica degenerativa no vaya a propinarnos el tarascazo en cualquier momento. Despierto una vez por la madrugada para ir al baño. Está dentro del presupuesto. Pero hace unos días me ocurrió algo desconocido. Me paré a orinar entre seis y siete veces. Y me alarmé. Por mucho que intentara dorarme la píldora no conseguí impedir que mi cabecita loca se desbocara al pensamiento catastrófico. Lo que se agravó porque al despertar seguí vaciando la vejiga con la misma intensidad que la pipa del municipio riega las plantas del camellón de la avenida Colón.

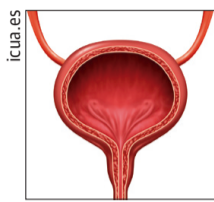
LA BRONCA DE ORINAR en exceso es que pierdes mucho líquido. Se soluciona bebiéndote un suero. Pero esta ocasión perdía electrolitos más rápido de lo que los podía reponer. Al segundo día ya tenía los ojos hundidos, labios partidos, estaba todo débil y me sentía como una ciruela pasa. Comenzó entonces la danza para descubrir el motivo de tanta miadera. El primer paso fue el examen general de orina. En la fila para entregar la muestra el más joven era yo, of course, luego seguía un don de 63 años y de ahí pal real. El resultado salió perfecto. Pero yo presentaba un cuadro infeccioso. Sufría escalofríos y sentía ardor al orinar. Los padecimientos comenzaron a desfilar: ¿cistitis, uretritis, whatever?

El segundo paso fue el urocultivo. Esperé el resultado noventa y seis horas que pasé en ascuas. Ni en verano y después de una peda de tres días me he deshidratado tanto. El médico sospechaba de una pielonefritis. Pero fallo renal no era. Como a mi cuerpo le encanta hacerme gastar, el resultado salió negativo. Para que tuviera que hacerme otra prueba. El paso tres. Un ultrasonido de riñones, vejiga y próstata. A estas alturas la boca me sabía salada y sentía

OZZY OSBOURNE TIEMBLA POR EL PARKINSON, se despide en un comunicado y lamenta no poder salir de gira otra vez. De todas sus locuras, la que lo tumbó en 2003 fue el accidente en cuatrimoto con ocho costillas, una vértebra y un hombro rotos. En 2019, después de caerse en su casa, fue sometido a tres operaciones de columna, tratamientos y terapias que han sido inútiles. El cantante y atleta de la droga que saltaba poseído gritando: *Is everybody high?*, hoy se mueve maltrecho, a los 74, con asistencia y bastón. La noticia conmovió al mundo del rock, Ozzy es el tío intergeneracional que defiende el derecho a loquear hasta el final.

Una de tantas obsesiones que han definido la vida del *Prince of the Fucking Darkness* son los baños, retratada en la autobiografía más divertida que he leído, *I am Ozzy*. Ahí se le puede ver desorbitado en el retrete mientras caga, bebe y fuma con sus dos rodillas sonrientes. Hay otras fotografías de él en escusados y mingitorios, pero todo Ozzy se revela en esa imagen de Andy Kent: para sobrevivir y sobresalir siempre ha sido el payaso.

En la estancia donde habitaba con sus papás, tres hermanas y dos hermanos, el baño era una cubeta en un rincón y trozos de periódico. Por eso, durante su odisea rockera en los setenta y los ochenta quedó fascinado con los baños en Estados Unidos. Fue el motivo que lo empujó a mudarse y vivir allá, hasta que orinó en El Álamo. El libro termina cuando describe el baño en su nueva mansión: elegante y computarizado, con calefacción en el asiento,



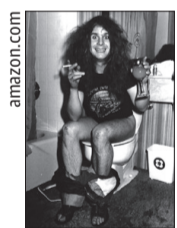
“AJÁ, DIJO EL LABORATORISTA
MIENTRAS ME REALIZABA
EL ULTRA. LA PRÓSTATA
ESTÁ AGRANDADA”.

calambres en los testículos de tanto desaguar. Comprendí entonces el verdadero sentido de la frase andar seco. ¿Y si orino hasta la muerte?, comencé a preguntarme.

Ajá, dijo el laboratorista mientras me realizaba el ultra. La próstata está agrandada. Chingao, así que ahí está el pedo, me dije. Y lo primero que se me vino a la cabeza fue Zappa. Que se nos fue de cáncer en la próstata. Y pensé en Rafael Pérez Gay y su *Perseguir la noche*. Hace pocas semanas cumplí cuarenta y cinco. Edad en que la glándula se comienza a rebelar. No te preocupes, me dijo el médico. Puede ser una prostatitis. Pero cómo no me iba a patinar. Desde niño fui educado para reaccionar, tanto a lo bueno como a lo malo, de manera histérica. Tuve que pasar cuarenta y ocho horas sin ningún tipo de esfuerzo para que los resultados salieran lo menos alterados posible. Me aburrí mortalmente.

Paso cuatro, el chingado antigénico presentó valores de punto cincuenta y cuatro. El médico me felicitó. Tienes próstata de veinteaño. Y no me alegré, porque se presentaba una posibilidad escalofriante: la diabólica. Mi abuelo fue diabético, le mocharon una pata. Mi tío El Aguacate es diabético. La predisposición genética me tiene maldecido. El paso cinco sí que fue una buena noticia. Mi nivel de glucosa en la sangre es de cinco. Tomemos en cuenta que el rango normal es de 5.7. Agotadas todas las posibilidades, el diagnóstico fue vejiga hiperactiva por ansiedad. O interactiva, como le decía mi abuela, quien padeció el mismo mal.

¿Y ahora?, le pregunté al médico. Medita, me recomendó. Me fui del consultorio maldiciéndolo. Qué voy a meditar ni qué la chingada. O haz algo que te relaje, sugirió. Buscando en el archivero de mi mente me cayó el veinte de que lo que más me relaja es ir al parque de beis y comer semillas. Así que mi terapia es ver repeticiones de partidos de las grandes ligas en YouTube. Mis correrías al baño han comenzado a moderarse. Todavía no me rehidrato, pero poco a poco he recobrado la forma humana. 📺



“UNA DE TANTAS OBSESIONES
QUE HAN DEFINIDO
SU VIDA SON LOS BAÑOS,
RETRATADA EN *I AM OZZY*”.

enjuague de culo y secado con tocar un botón. Un trono, tal cual.

¿CÓMO LLEGÓ HASTA AHÍ el sexto hijo de una familia obrera que sólo tenía un talento? En su infancia tan miserable tuvo que robar para comer y cayó en el reformatorio antes de los dieciocho, como lo predijo su padre. Fue plomero, obrero automotriz y matarife antes de cantar blues maligno, heavy metal, el género que inventó con Black Sabbath. Desde entonces el humor fue su salida de emergencia para ser aceptado y evitar que lo abusaran. Lo mejor que pudo sucederle fue Sharon Osbourne. Su descendencia musical es bíblica y vive para contarle y cantarlo en su reciente *Patient Number 9*, con Jeff Beck, Tony Iommy, Eric Clapton y Zakk Wylde. Es un pedazo de humanidad en carne viva, al narrar su paso de niño ladrón a marca millonaria. Ser *rockstar* es agotador, no cualquiera se *riffa* cincuenta años de giras nivel Ozzy. Quince clavos en la columna y el diablo pisándole los talones, *Iron Man* se retira con el metal por dentro. 📺

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
**CARLOS
VELÁZQUEZ**

@Charfornication

VEJIGA INTERACTIVA

LA CANCIÓN #6

Por
**ROGELIO
GARZA**

@rogeliogarzap

EL RETIRO Y EL RETRETE DE OZZY

FETICHES ORDINARIOS

Por
**LUIGI
AMARA**
@leptoerizo

EL TÚNEL
DEL TACTO

“ANTES QUE POR
SU PARTICIPACIÓN
EN DAR Y
RECIBIR PLACER,
EL TACTO SUELE
LIGARSE AL
TRABAJO Y LAS
ACTIVIDADES
MANUALES...”.

Si el surgimiento de una nueva razón poética sería la culminación, según Rimbaud, del "desarreglo de todos los sentidos", cabría esperar que el surgimiento de una nueva sensibilidad dependerá del dismantelamiento de las jerarquías perceptivas. Los privilegios de la vista en la civilización occidental, la forma en que ha desplazado a los demás sentidos por su supuesta mayor afinidad con el intelecto, ha conducido a cierta atrofia y desproporción en el desarrollo sensorial, en donde el tacto ocuparía la posición más baja y rudimentaria, la más despreciable en el orden cognoscitivo pero también moral, por involucrar necesariamente la carne.

La dismorfia a la que nos orilla el imperio de la vista puede apreciarse en la manera en que nos imaginamos la vida inteligente fuera de la Tierra: dos ojos gigantes y desorbitados en un cuerpo diminuto y endeble. Lo que proyectamos al espacio exterior es un deseo y un síntoma: en lugar de los casi dos metros cuadrados de piel elástica, radiante y sensitiva, se diría que anhelamos estar recubiertos por una gran pupila escamosa, que responde a la luz pero rehúye al contacto, a fin de que podamos alimentarnos enteramente de imágenes.

ANTES QUE POR SU PARTICIPACIÓN en dar y recibir placer, el tacto suele ligarse al trabajo y las actividades *manuales*. A través del equívoco de promover las manos como sus órganos preponderantes, el tacto sería importante para la pericia y la motricidad fina; en los dominios del arte, donde se ha exaltado hasta el hartazgo la maestría y el virtuosismo de nuestras extremidades, rara vez se pondera su papel del lado del espectador —que por algo no se denomina el *palpador*—, como si no fueran igual de decisivas para despertar el fenómeno háptico. Aristóteles, que traza un símil entre el alma y la mano a partir de que ambas serían "instrumento de instrumentos" (*organon pro organon*), hace en realidad un elogio de su destreza y habilidad, y si bien, en *Historia de los animales*, postula que el tacto humano es el más preciso en ese reino, en la *Ética a Nicómaco* previene de los peligros del placer táctil, al que sitúa como el más pernicioso de todos.

En "Menos Julia", cuento de culto para los conspiradores del placer, Felisberto Hernández describe un túnel en donde el tacto puede desembarazarse de su adormecimiento y sus inercias. A lo largo de un pasaje de oscuridad y tanteo, un museo cambiante de formas, densidades y texturas, dispuesto como una "sinfonía" para la experimentación del tacto, las manos dan rienda suelta a su apetito sensible y se convierten en una variedad de tentáculos, de criaturas ávidas y autónomas. Como si las tinieblas del túnel no bastaran, o como si hubiera que darle dos veces la espalda a todo lo que remite a la vista, las personas que se colocan como estatuas vivientes para la auscultación y el reconocimiento epidérmico deben tener además la cabeza cubierta por un paño oscuro, pues sólo mediante la doble negación de los ojos es que las manos pueden desaprender sus inhibiciones, sacudirse sus servidumbres y desarrollar inclinaciones propias.

Construido como un remedo de las cavernas sacras vinculadas al ingreso del Inframundo, pero con ese aire desvencijado de las barracas de feria en que la falta de luz crea la atmósfera propicia para internarse en busca de prodigios, el túnel es también un gimnasio de



José de Ribera, *El tacto*, óleo sobre lienzo, 1632.

hábitos asociativos —y no sólo perceptuales— en que las manos desaprenden sus movimientos diurnos y se encaminan hacia una vida independiente. El inventor del túnel, que lo frecuenta dos o tres veces cada fin de semana, ha desarrollado unas manos inquietas y expresivas que se confunden con pájaros; manos que revolotean, que rozan y picotean aquí y allá, y que cuando se quedan suspendidas en un gesto en el aire se diría que están a punto de cantar.

Pero ese pasadizo de la inmediatez y la caricia, que también podría ser bautizado como el Túnel de las Palpaciones Sucesivas, es descrito por su inventor como un "mal" y una "enfermedad", prueba de que el

cultivo del tacto puede ser visto con malos ojos y de que, aun en el contexto de ejercicios domésticos o íntimos, abjurar de la vista y liberarse del yugo del trabajo comporta cierto grado de subversión y retorcimiento, que obliga a mantenerlo en las sombras.

Si la historia humana hubiera seguido un camino más táctil, quizá nos figuraríamos a los extraterrestres con forma de manos, como una variedad de octópodos que caminan sobre cinco extremidades y, más que del ojo de dios, hablaríamos quizá de su piel. El visitante del túnel, una vez que ha experimentado las delicias de sus manos finalmente libres, quiere dar rienda suelta al tanteo y regodearse en la exploración de superficies, pero en cierto momento se contiene, como si ellas tuvieran ya voluntad propia y él fuera un padre "que no quiere consentirle a sus hijas todos los caprichos".

A DIFERENCIA DE LA VISTA, que puede abarcar una escena de un solo golpe, el tacto se concentra en los detalles y lo próximo. Como en el célebre cuadro de José de Ribera, *El tacto*, en el que un ciego aprecia un busto a través de la caricia, las manos recorren todos los elementos del objeto de manera paulatina, con lo cual atestiguan su corporalidad tridimensional, vedada a los ojos, y alcanzan un reconocimiento de otro orden, más íntimo y al ras. El recorrido del tacto tiene una estructura narrativa —no necesariamente lineal—, y quizás el mayor mérito de un autor como Felisberto Hernández sea la concepción carnal y palpable del tejido de su escritura. Pianista trashumante, Felisberto sabía muy bien que para desatar la evocación y darle fluidez al torrente de recuerdos nada mejor que la suave presión de las yemas de los dedos.

En contraste con la riqueza de las sensaciones táctiles, el cuento insiste en lo desleídas que lucen las cosas fuera del túnel. En su interior, los visitantes empiezan a sentir que su cuerpo vive de otra manera y que son rozados por ideas que los transportan hacia otra parte. Pero, al salir, de vuelta en el mundo de imágenes, deben acostumbrarse al escándalo de la luz, que daña el recuerdo y empaña la experiencia háptica. "Todas las cosas quedan tan desilusionadas como algunos decorados de teatro al otro día de mañana", anota el inventor del túnel no sin melancolía, valiéndose de una analogía vívida, proveniente de la imaginaria visual, justamente para señalar la pobreza de ese mundo.

Réplicas o variantes del túnel de Felisberto han aparecido aquí y allá en todo el mundo. Recientemente el escritor argentino Pablo Maurette visitó un par de ellas y volvió con dos estupendos libros: *El sentido olvidado* y *La carne viva*, que pueden leerse como manifiestos para el rescate y la liberación del tacto. ■